39

ENCICLICA "AUSPICATO CONCESSUM"(*)

(17-IX-1882)

DE SAN FRANCISCO DE ASIS Y DE LA PROPAGACION DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA FRANCISCANA

LEON PP. XIII

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica

145 1. **El doble centenario de Benito y Francisco excita a honrar a las órdenes.** Por una dichosa merced, el pueblo cristiano ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de los dos hombres que, llamados a gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque después de las fiestas seculares en memoria de BENITO, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va a ocurrir una ocasión de tributar honores públicos a FRANCISCO DE ASÍS por el séptimo centenario de su nacimiento.

No sin razón vemos Nos en esto un designio misericordioso de la Divina Providencia. Porque permitiendo celebrar el día del nacimiento de estos ilustres Padres, parece que Dios quiere advertir a los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos y comprender al mismo tiempo, que las Ordenes religiosas fundadas por ellos, no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su genio y su celo han sembrado la civilización y la gloria.

Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano, el que, siempre y con justicia ha considerado como amigos a los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de BENITO con amor y gratitud, hará revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de FRANCISCO. Y esta noble emulación de piedad filial y devota no se limite a la comarca en que nació el santo hombre, ni a las que honró con 146
su presencia, sino que se extienda a todas las partes de la tierra, a todos los lugares donde el nombre de FRANCISCO ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

Devoción franciscana del Papa. Ciertamente que Nos, más que nadie, aprobamos este afán de las almas por venerar a tan excelente varón, sobre todo estando acostumbrados desde la niñez a tener hacia FRANCISCO admiración y devoción especiales. Y Nos gloriamos de haber sido inscripto en la familia franciscana, y más de una vez hemos subido por piedad, espontáneamente y con alegría, a las sagradas colinas del Alverno; en aquel lugar, la imagen de ese gran hombre se ofrecía a Nos por todas partes donde poníamos la planta, y aquella soledad llena de recuerdos tenía a Nuestro espíritu embebecido en muda contemplación.

2. **La imitación, otro mayor fruto.** Mas, por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables a FRANCISCO esos honores que se preparan, si aprovechan a los mismos que los tributan.

El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algún modo a su eminente virtud y en procurar ser mejor imitándolo. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá

(*) ASS 15 (1882/83) 145-153. En la segunda edición fueron reagrupados los Nos. 8, 9 y 10 de esta Encíclica conforme al texto latino. — *Los números marginales* indican las páginas del texto original en ASS, vol. 15. (P. H.).

encontrado el remedio oportuno y eficaz para los males presentes. Nos queremos, pues, Venerables Hermanos, no sólo atestiguaros públicamente por medio de esta carta Nuestra devoción a FRANCISCO, sino también excitar vuestra caridad para que trabajéis con Nos en la salvación de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

3. **Jesucristo fuente de todos los bienes.** El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna e inmutable de todos los bienes que para Nos proceden de la infinita bondad de Dios; de modo que Aquel que ha salvado una vez al mundo es también El que le salvará en todos los siglos; *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado a los hombres por el cual podamos salvarnos*[1]. Si, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza o la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarlo un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir a Jesucristo y ver en El el mayor y más seguro medio de salvación. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa, que contiene a la vez un amparo contra los peligros y un remedio contra los males.

4. **El siglo de San Francisco.** La curación es cierta si el género humano vuelve a profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como éstos de que Nos hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial, suscitando a un hombre, no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, a quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pública. Y
147 esto es lo que sucedió a fines del siglo XII y algo más tarde. FRANCISCO fue el obrero de esta gran obra.

Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fe católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas; ofrecía también un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba a Palestina para vencer o morir en ella. Pero el libertinaje había alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los hombres volviesen a los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposición del alma que busca las cosas arduas y difíciles; tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir a Jesucristo deben llevar sobre sí. Lo propio de dicha disposición es el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufir la adversidad con calma y resignación. En fin, el amor de Dios es dueño y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no sólo hace tolerables, sino hasta agradables, los más duros trabajos.

Había mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de los hombres eran entonces, por decirlo así, esclavos de las cosas temporales, o amaban con frenesí los honores y las riquezas o vivían en el lujo y en los placeres. Otros tenían todo el poder, y hacían de su potestad un instrumento de opresión para la multitud miserable y despreciable; y aquellos mismos que hubieran debido, por su profesión, ser ejemplo a los hombres, no habían evitado las manchas de los vicios comunes. La extinción de la caridad en muchos lugares había tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el odio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa las ciudades vecinas entraban en guerras, y armaban de hierro a unos ciudadanos contra otros.

La figura del Santo. En este siglo apareció FRANCISCO. Con admirable constancia y rectitud igual a su firmeza, se esforzó con sus palabras y sus actos en colocar a vista de todos los ojos del mundo caduco la imagen auténtica de la perfección cristiana.

En efecto: de la misma manera que el bienaventurado P. DOMINGO DE GUZMÁN, en esta época, defendía la integridad de las doctrinas celestiales y recha-

(1) Act. 4, 12.

zaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana, los errores perversos de los herejes, así FRANCISCO, conducido a Dios por grandes acciones, obtenía la gracia de excitar a la virtud a los cristianos y de conducir a la imitación de Cristo a aquellos que habían andado muy errantes y por mucho tiempo.

5. **San Francisco y la pobreza y abnegación.** No fue por casualidad por lo que llegaron a oídos del adolescente estas palabras: *Despreciad el oro y la plata; no la llevéis en vuestras bolsas; no os inquietéis por la comida, ni bebida, ni calzado*[2].

148 Y aun *si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y sígueme*[3].

Interpretando estos avisos como dirigidos a él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y adoptó la resolución de que estos grandes preceptos de virtudes que él había abrazado con noble y sublime espíritu, fueran las reglas fundamentales de su Orden. Después de este tiempo, en medio de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vio avanzar en estas prácticas tan difíciles; pide su alimento de puerta en puerta, y soporta, no solamente las burlas de un pueblo insensato, aquellas que son más injuriosas, sino que las busca con admirable avidez. Seguramente había abrazado la locura de la Cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteliegncia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.

Su ardiente Caridad. Con el amor a la Cruz, abrasó ardiente caridad el corazón de FRANCISCO y le impulsó a propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba a todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente a los pobres y los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban a retraerse o a los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano, una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre común de todos.

6. **San Francisco, imagen de Jesucristo. - Su estigmatización.** Gracias a tantas virtudes, y sobre todo por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó a reproducir en sí, en cuanto pudo, la imagen de JESUCRISTO. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fue concedido tener semejanzas con el Divino Redentor, aun en las cosas exteriores. Así, a ejemplo de Jesucristo fue dado a FRANCISCO nacer en un establo y tener por lecho siendo niño, como en otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

Se refiere que en este momento coros celestiales de ángeles y cánticos oídos a través de los aires, completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus Apóstoles, él se asoció por discípulos algunos hombres escogidos, a quienes mandó recorrer la tierra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojado de todo, injuriado, negado de los suyos, tuvo de común con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alverno cual sobre su calvario, fue por decirlo así, crucificado por un prodigio nuevo hasta entonces, recibiendo en su cuerpo la impresión de las sagradas llagas.

Nos acordamos aquí un suceso no menos brillante en sí mismo que por el 149
milagro hecho célebre por la voz de los siglos: un día que SAN FFRANCISCO se hallaba sumergido en ardiente contemplación de las llagas de Nuestro Señor, y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecía beber como si tuviera sed, un ángel descendido del cielo, mostrósele de repente:

(2) Mat. 10, 9-10.

(3) Mat. 19, 21.

luego brilló una fuerza misteriosa, tanto que FRANCISCO sintió sus manos y pies como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entonces sintió en su alma inmenso ardor de caridad; sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus días la impresión viva de las llagas de Jesucristo.

Análogos prodigios, que deberían ser celebrados por un lenguaje angélico más bien que por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fue el hombre elegido por Dios para llamar a sus contemporáneos a las costumbres cristianas.

7. **Francisco, columna de la Iglesia.** Ciertamente en la casa de DAMIÁN era voz sobrehumana la oída por FRANCISCO, diciéndole: *Marcha; sostén mi casa vacilante.* No es menos digno de admiración que esta aparición celestial se presentase a INOCENCIO III, pareciéndole ver a FRANCISCO sostener con sus hombros los muros inclinados de la Basílica de Letrán. El objeto y el sentido de este prodigio son manifiestos; significaba que FRANCISCO debía en este tiempo ser firme apoyo y columna para la república cristiana, y, en efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusieron bajo su dirección fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto trocarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, FRANCISCO distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y de Europa para que allí llevasen el Evangelio; encargó asimismo a algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente, pobres ignorantes como eran, se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas; sin magnificencia de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan a exhortar a los hombres al desprecio de las cosas terrenales y al pensamiento de la vida futura. Maravilla ver cuáles eran los frutos de la empresa de estos obreros, en apariencia humildes. Una multitud, ávida de oírles, corría en masa a ellos: poníanse entonces a llorar sus faltas, a olvidar las injurias y a venir, por la tregua en las discordias, a sentimientos de paz.

8. **La Orden Tercera. - Origen y Esencia.** No se puede creer con qué ardiente simpatía, que era casi impetuosidad, se llegaba la multitud a FRANCISCO. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades más populosas hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fue lo que obligó al santo patriarca a establecer la cofradía de la *Orden Tercera,* destinada a comprender todas las condiciones y edades de ambos sexos, sin que se rompiesen por ello los vínculos de la familia y de la sociedad. El la organizó sabiamente, menos con reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecían duras a ningún cristiano. 150
Sus reglas, en efecto, son: obedecer a los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas sino para la defensa de la Religión y de la patria; ser moderado en el comer y vivir; evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Su Difusión. Se entiende fácilmente qué inmensos servicios ha debido prestar una institución tan saludable por sí misma y por su oportunidad en los tiempos. Esta oportunidad está bastante demostrada por el establecimiento de asociaciones del mismo género en la familia y por los hechos mismos. En las más altas clases y en las más inferiores hubo un apresuramiento general, un ardor generoso, para afiliarse a aquella Orden de Hermanos Franciscanos. Entre otros, solicitaron ese honor LUIS IX, rey de Francia, e ISABEL, reina de Hungría; en los tiempos sucesivos se cuentan varios Papas, Cardenales, Obispos, Reyes y Príncipes que no consideraron como indignas de su jerarquía las insignias franciscanas.

Defensores de la Religión y de la sociedad. Los asociados a la Orden Tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la Religión católica: si estas virtudes les valieron el odio de los malos, ellas les atrajeron, al menos, la estimación de los sabios y los buenos, única cosa que debe buscarse y la más honrosa de todas. Y aun Nuestro predecesor GREGORIO IX, habiendo alabado públicamente su valor y su fe, no vaciló en cubrirlos con su autoridad y en llamarlos honoríficamente *soldados de Cristo, nuevos Macabeos*. Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporación de hombres que tomaban por guía las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen cuanto pudieran a hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para apaciguar y aun extirpar las rivalidades de los partidos, arrancar las armas de manos de los furiosos, hacer desaparecer las causas de litigios y disputas, procurar consuelos a la miseria y el abandono, y reprimir la lujuria que es el abismo devorador de las fortunas e instrumento de la corrupción.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservación del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de los Estados, salen, como de una raíz, de la Orden Tercera de los Franciscanos, y Europa debe en gran parte a FRANCISCO la conservación de esos bienes.

9. **San Francisco e Italia.** Sin embargo, más que ninguna otra nación Italia es deudora a FRANCISCO; ella es la que ha tenido más parte en sus beneficios, como que ha sido primer teatro de sus virtudes. Y, efectivamente, en esa época en que la frecuencia de las iniquidades multiplicaba las luchas privadas, tendió siempre la mano al desgraciado o al vencido; rico en el seno de la mayor pobreza, no cesó jamás de socorrer la miseria de otro, ol- 151
vidando la suya. La lengua nacional, apenas reformada, balbuceaba con gracia en sus labios; tradujo los suspiros del amor y de la poesía en cánticos que el pueblo aprendió, y que no han parecido indignos de la posteridad literaria. Bajo la aspiración de FRANCISCO, un hombre superior elevó el genio de Nuestros compatriotas, y al arte de los más grandes artistas se dedicó a representar por la pintura y la escultura las acciones de la vida.

Su influjo en el arte, la virtud. ALIGHIERI encontró en FRANCISCO materia para sus cánticos sublimes y suaves a la vez; CIMABUE y GIOTTO hallaron en él asuntos que inmortalizar con los colores de PARRHASIUS; ilustres arquitectos tuvieron ocasión de elevar admirables monumentos, tales como la tumba de *este pobre* y la basílica de SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES, testigo de tan numerosos y grandes milagros. A estos santuarios vienen los hombres en tropel para venerar a este padre de los pobres de Asís, que después de haberse despojado de todas las cosas humanas, ha visto afluir a él en abundancia los dones de la divina bondad.

Necesaria en los tiempos actuales. Se ve que un raudal de beneficios ha proporcionado este solo hombre a la sociedad cristiana y civil; pero como su espíritu era plena y eminentemente cristiano, y maravillosamente apropiado a todos los lugares y a todos los tiempos, nadie dudaría que la institución franciscana ha de prestar grandes servicios en Nuestra época, tanto más, cuanto que el carácter de Nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el carácter mismo de esta institución. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en Nuestros días, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por una corriente de los espíritus y por preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el placer. Enervados por el lujo, disipan su patrimonio y codi-

cian el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ella mucho más de lo que la practican; les absorbe el egoísmo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente.

10. **Las instrucciones franciscanas y el naturalismo.** En aquel tiempo el error múltiple de los *albigenses,* excitando a las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, había turbado el Estado, al propio tiempo que abría camino a un *socialismo* cierto.

Lo mismo hoy los fautores y propagadores del *naturalismo* se multiplican. Estos niegan que sea preciso estarse sometidos a la Iglesia, y por una consecuencia necesaria, van hasta desconocer el mismo poder civil: aprueban la violencia y la sedición en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; quebrantan los fundamentos del orden civil y doméstico.

Los beneficios de la Orden Tercera para el mundo. En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, Venerables Hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas a su
152 estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fe, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían también; ese apetito desordenado de cosas perecederas sería destruido, y no se cuidaría sino de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado e insoportable.

Unidos los hombres por los lazos de la fraternidad, amaríanse entre sí, y tendrían para los pobres y los indigentes, que son la imagen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte los que están penetrados de la Religión cristiana, saben con toda certeza que es un deber de conciencia obedecer a las autoridades legítimas y que en nada deben ofender a nadie.

Nada es tan eficaz como esta disposición del espíritu para extirpar todo género de vicio en su germen: la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad, cosas todas que constituyen los principios y elementos del *socialismo.* En fin, la cuestión de las relaciones del rico y del pobre, que preocupan tanto a los economistas, es perfectamente deslindada si a la pobreza no le falta dignidad; que el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo; pues ni el uno ni el otro han nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la liberalidad.

11. **Recomendación de la Orden Tercera.** Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado de todo corazón, desde hace mucho tiempo, proponeros la imitación de FRANCISCO DE ASÍS. Y porque Nos hemos tenido siempre un interés particular por la Orden Tercera de los franciscanos, hoy que Nos hemos sido llamados por la altísima bondad de Dios a este soberano pontificado, como se ofrece una ocasión oportuna de hacerlo, Nos exhortamos vivamente a los cristianos a que se hagan inscribir en esta santa milicia de Jesucristo. Se encuentra por todas partes un gran número de personas del uno y del otro sexo que marchan generosamente detrás de los pasos del Padre Seráfico.

Nos aplaudimos y aprobamos vivamente su celo, deseando que su número aumente y se multiplique, gracias, sobre todo, a vuestros esfuerzos, Venerables Hermanos. El punto principal de Nuestra recomendación es que los que os habéis revestido con las Ordenes de la *Penitencia,* miréis la imagen de su santo autor y os acerquéis a él, sin lo cual no puede realizarse nada de lo que se desea. Esforzaos, pues, en hacer conocer y estimar en todo su valor la *Orden Tercera;* vigilad en esto todos los que tenéis el cargo de las almas, enseñando cuidadosamente lo que ella es, de cómo es accesible a cada uno, de qué privilegios goza para la salud de los espíritus y cuánta utilidad particular y pública promete.

Trance difícil de la Orden. Es menester hacer tanto o más que los religiosos franciscanos de la otra Orden de fundación primera que sufren en este momento por la indigna persecución que los ha herido. Quiera Dios que por la protección de su padre salgan pronto de esta fuerte y tenaz tem-
153 pestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos acudan en auxilio de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número como acudieron en otra ocasión al pie del Santo Patriarca. Lo pedimos sobre todo y con más razón todavía a los italianos, a los que la común Patria y la abundancia particular de beneficios recibidos obligan a mayor devoción a SAN FRANCISCO y a mayor reconocimiento también.

Así sucedería que al cabo de siete siglos, Italia y el mundo cristiano entero se verían transportados del desorden a la paz, de la perdición a la salud, por la influencia bienhechora del Santo de Asís.

12. **Exhortación y conclusión.** Pidamos esta gracia en una plegaria común, y sobre todo en estos días a FRANCISCO mismo; implorémosla de la Virgen MARÍA, Madre de Dios, que ha recompensado siempre la piedad y la fe de su servidor con su alta protección y especiales mercedes.

Mientras tanto, como prenda de los celestiales favores, y en testimonio de Nuestra especial benevolencia, Nos os damos, afectuosamente en el Señor a vosotros, Venerables Hermanos, y a todo el Clero y pueblo confiado a cada uno de vosotros, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 17 de Setiembre de 1882, año quinto de Nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.